

LAS BRIGADAS INTERNACIONALES EN ESPAÑA

Merlen Mescheriakov

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2017

Merlen Mescheriakov

*Doctor en Ciencias Históricas, profesor titular.
Especialista en historia contemporánea de España
y en los problemas del movimiento obrero.*

Las Brigadas Internacionales en España (Nuevos documentos).

Procedencia del texto:
“Ciencias Sociales”, revista trim. de la Academia de Ciencias de Rusia,
nº. II, 1995.

-Maquetación actual: Omegalfa, 2017.

-Texto de libre difusión.



Biblioteca Virtual

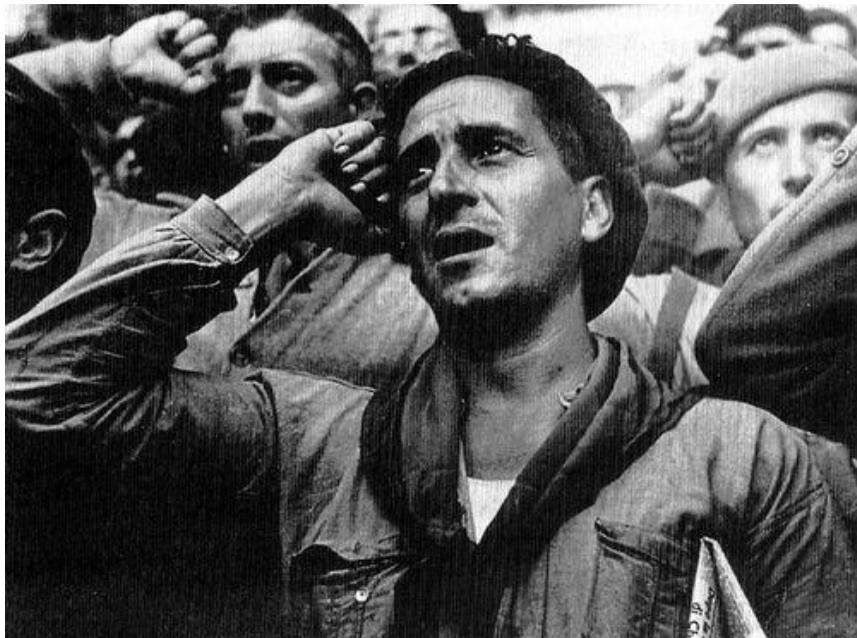
OMEGALFA

2017

Ω

Marlen Mescheriakov

LAS BRIGADAS INTERNACIONALES EN ESPAÑA



EN la historia del movimiento internacional quedan muchas páginas, hechos desconocidos y lagunas que impiden reconstruir su historia auténtica, no la mitologizada.

Una de esas páginas mitologizadas y confusas es la historia de las brigadas internacionales es su propia creación. Los historiadores ya bien se limitan a dejar constancia del hecho de que las brigadas internacionales surgieron por iniciativa de la Comintern, ya bien afirman que la idea de formarlas apareció poco menos que una semana después de la sublevación en España, cuando en Praga se

celebró una reunión secreta, el 27 de julio de 1936, y los representantes de la Internacional Comunista (Comintern) y de la Internacional Sindical, con la participación de Gastón Monmousseau, miembro del CC del Partido Comunista Francés (PCF), llegaron al acuerdo de formar un cuerpo internacional de voluntarios y enviarlo a la España republicana, encomendándole toda la labor práctica al comité de ayuda, constituido por Maurice Thorez, Palmiro Togliatti (Ercoli), José Díaz, Dolores Ibárruri y Largo Caballero, líder de los socialistas españoles y jefe del Gobierno de España.¹ Mas hasta la fecha en los archivos de la Comintern no se han encontrado huellas de tal reunión ni del comité. El historiador francés C. Serrano opina que esta versión se basa en un "bulo" lanzado en 1936 por la radio berlinesa, que hizo suyo toda la prensa reaccionaria.²

Por su parte, los documentos de la Comintern prueban que hasta fines de agosto de 1936 prevalecía en el movimiento comunista una calma y pasividad sorprendente en cuanto a la ayuda a los antifascistas españoles.³ Esa pasividad puede obedecer a que el Partido Comunista de España (PCE) suponía que, en alianza con otros partidos y organizaciones del Frente Popular, podría por su cuenta acabar con el levantamiento militar-fascista.⁴ Tan solo a finales de agosto, cuando se puso en claro que los destacamentos de las milicias obreras no podían enfrentarse a las tropas regulares de los rebeldes —las cuales recibían, en volumen creciente, el suministro técnico militar de Alemania e Italia—, la dirección de los partidos comunistas europeos comenzó a desplegar un amplio movimiento de solidaridad con España republicana. Fue entonces cuando algunos líderes sugirieron enviar a España un personal experto en el sentido militar. La misma decisión fue aprobada por el CC del Partido Comunista de Alemania (PCA).⁵ Por esa misma fecha, el CC del Partido Comunista de Italia y el Comité ejecutivo del Partido Socialista de ese país llegaron al acuerdo de formar destacamentos de voluntarios compuestos por emigrantes italianos.⁶

La idea de constituir unidades de voluntarios tuvo muchos coautores, pero ante todo partió de los medios dirigentes del PCF, dado que justamente este partido había tropezado con un movimiento masivo de voluntarios, que abarcó a diferentes sectores de la sociedad francesa, como también a la emigración económica y política en Francia. Decenas de voluntarios cruzaban por su cuenta y riesgo la frontera franco-española y formaban en España destacamentos que combatían contra los sublevados en diferentes partes del frente. El PCF y otras organizaciones del Frente Popular hubieron de incorporarse activamente a ordenar ese movimiento, al principio espontáneo y caótico. Constituyeron centros para resolver los problemas de la organización y el equipamiento de los voluntarios, prestar ayuda para establecer contactos con las autoridades españolas, cruzar la frontera, etc.

En lo que se refiere a la Comintern, su Comité Ejecutivo no aprobó resolución alguna de crear las brigadas internacionales hasta mediados de setiembre de 1936. El 16 y 17 de ese mes, la presidencia del Comité Ejecutivo (CE) de la Comintern discutió un conjunto de cuestiones relacionadas con la ayuda al pueblo de España en su lucha contra el fascismo y, como dijo Jorge Dimitrov, se propuso a los partidos comunistas desplegar "una poderosa acción internacional, capaz, por último, de decidir la victoria de la República Española, del pueblo español".⁷ Desarrollando la recomendación dada por la presidencia, el Secretariado del CE de la Comintern aprobó la decisión de enviar a España a comunistas voluntarios, con experiencia combativa o que hubieran hecho el servicio militar.⁸ En realidad, el CE de la Comintern tan solo había formalizado con sus decisiones las directivas del Kremlin. El 26 de agosto se reunió el Buró Político del CC del PC(b) de la URSS, en el que tomaron parte Dimitrov y Manuiski. El Buró Político, según indicara Dimitrov en su diario, recomendó al CE de la Comintern tomar medidas para la "organización eventual de un cuerpo internacional en España".⁹ Así, pues, si bien la iniciativa de crear las brigadas internacionales provenía de los partidos comunistas, la

decisión había sido tomada por la dirección del PC(b) de la URSS.

Después de la resolución tomada en setiembre por el Secretariado del CE de la Comintern, los partidos comunistas iniciaron una campaña de reclutamiento masivo en sus respectivos países, como asimismo entre la emigración política y económica de varios países europeos y latinoamericanos, EE.UU. y Canadá.



Dado que según el acuerdo de "No intervención en los asuntos españoles", firmado por la mayoría de países europeos, se prohibía reclutar a ciudadanos de dichos países, los partidos comunistas alistaban a los voluntarios, o "voluntarios de la libertad", como se los llamaba, fundamentalmente de un modo ilegal o semilegal, ocultando con sumo cuidado el lugar de los centros de reclutamiento, las rutas a seguir, etc. Pero no podían ocultar por completo esa actividad. La policía y el servicio de seguridad contaban con información acerca del movimiento de voluntarios, ¿y quién no conocía en Francia el tren No. 77, con el cual los voluntarios

llegaban de París a Perpiñán?.¹⁰ Un reclutamiento no menos activo hacían algunos partidos socialistas y socialdemócratas, organizaciones anarquistas, grupos de intelectuales. Se puede juzgar sobre el movimiento de voluntarios por los siguientes datos, que figuran en el informe de W. Zeisser (general Gómez), uno de los jefes de la Base de las brigadas internacionales en Albacete: desde octubre de 1936 hasta setiembre de 1938 pasaron por esa base no menos de 51.000 soldados y oficiales extranjeros.¹¹

El CE de la Comintern prestó especial atención a reclutar voluntarios entre los emigrantes que vivían y trabajaban en la URSS, serían en el ejército o en organizaciones militarizadas, tuvieran experiencia de combate, hubiesen terminado los estudios en escuelas y academias militares soviéticas. Este contingente debería formar el personal de mando y político de las brigadas internacionales. Por decisión del Secretariado del CE de la Comintern se constituyó una comisión presidida por G. Alijánov y V. Chemomórdik, a la cual se encomendó seleccionar a los voluntarios. Desde el 13 de octubre de 1936 hasta el 11 de abril de 1937 pasaron por ella 1.451 personas. Fueron recomendados —con el visto bueno del NKVD, que comprobaba exhaustivamente a cada voluntario— 725, pero a España solo se enviaron 589 personas. El resto no pasó por el tamiz del NKVD. En algunos casos, los voluntarios seleccionados eran arrestados por el NKVD como “espías”, “trotskistas”, etc.; algunos emigrantes se negaron a ir a España.¹²

Pese a la conspiración, no todos los voluntarios, ni mucho menos, llegaban sin tropiezos al lugar de destino. Muchos caían en manos de la policía y eran encarcelados, algunos fueron deportados a sus países, otros perecieron en el camino. En marzo de 1937, por ejemplo, la policía detuvo y mandó a la cárcel a 500 voluntarios yugoslavos, que debían embarcarse junto a la isla Brac en el buque francés “Coree”.¹³ En mayo de 1937, poco antes de llegar a Barcelona, fue torpedeado por un submarino italiano el barco español “Ciutat de Barcelona”; perecieron casi 300 voluntarios.¹⁴

No solo los voluntarios procedentes de países con regímenes fas-

cistas y autoritarios tuvieron grandes dificultades. Todos los norteamericanos que abandonaban EE.UU. llevaban en el pasaporte el sello: “No válido para entrar en España”.¹⁵



Una vez en España, los voluntarios se centraban primeramente en la fortaleza de Figueras, desde donde a comienzos de octubre de 1936 eran enviados a Barcelona y luego a Albacete, base de las brigadas internacionales. Previamente se había llegado a un acuerdo con el gobierno de Largo Caballero para formar con ellos unidades internacionales.¹⁶

El 14 de octubre llegó a Albacete el primer grupo de 500 voluntarios; el 15, el segundo (700); y el 20 de octubre comenzó la formación de la primera brigada internacional (la 11-a), a la que fue asignado comandante el general soviético G. Stem (Cleber).¹⁷ El 10 de noviembre se dio la orden a la Base de formar la 12-a brigada, dirigida por el general Mate Zalka (Lukács), y el 20 de diciembre, la 13-a brigada, bajo el mando del general Karol Swierczewski (Walter), más tarde viceministro de defensa de Polonia en 1946-1947, asesinado por los nacionalistas en 1947. El 6 de febrero de 1937 se formó la 15-a brigada, dirigida por el general Ya

Gal (Galich).¹⁸

Dada la situación de alarma en que se encontraba el contorno de Madrid, las primeras dos brigadas se formaron en el breve plazo de 15 a 20 días. No tuvieron tiempo de equiparse por completo, de armarse y recibir todo lo necesario. No todos los combatientes tenían experiencia de combate, algunos no sabían manejar las armas, atrincherarse, avanzar rápidamente, ponerse en interacción unos con otros, iban al



ataque a cuerpo descubierto. Eso causó grandes bajas y fracasos, aunque las dos brigadas, lanzadas a la batalla cerca de Madrid, dieron prueba de elevado estoicismo y, junto con las unidades españolas, cumplieron la misión combativa que se les había planteado: parar al enemigo y no dejarlo entrar en Madrid. Las demás brigadas fueron formadas en una situación más tranquila, lo que permitió al mando tomar parcialmente en cuenta los errores cometidos.

La aparición de las brigadas internacionales en las proximidades de Madrid no pasó desapercibida. La prensa mundial anunció ampliamente su participación en las batallas. Por eso, la dirección de la Comintern decidió, a proposición de Dimitrov, “descubrir” el hecho de su existencia. La afluencia constante de voluntarios permitió, a principios de marzo de 1937, formar una brigada más, la 86, integrada en lo fundamental por soldados y oficiales españoles, con un batallón de internacionalistas. El jefe de la brigada era el oficial español F.Manuel.¹⁹



Sus vínculos con la Base central de las brigadas internacionales eran esporádicos, de ahí que el mando no la considerara una unidad internacional.²⁰ En febrero finalizó la formación del regimiento internacional de transporte, que luego se incorporó en el 5° cuerpo.²¹ En junio se terminó de formar la 150-a brigada, que existió como unidad combativa independiente menos de un mes y se fundió con la 13 brigada. Por último, en febrero de 1938 fue creada la 129 brigada, esencialmente con batallones eslavos, que al principio mandó M. Jvátov (Járchenko), y al morir lo sustituyó V.Komar.²² Así pues, desde octubre de 1936 hasta febrero de 1938 se formaron ocho brigadas, aunque internacionales propiamente dicho solo eran seis: la 11, 12, 13, 14, 15 y 129.

Todas ellas se constituían como brigadas mixtas de tres o cuatro batallones de infantería, compañías de ametralladores y zapadores, baterías de artillería, secciones de comunicaciones y escuadrones de caballería. Oscilaban entre 1.900 y 3.000 hombres. Además, se formaron divisiones y grupos de artillería pesada, subordinados directamente al mando de las grandes unidades republicanas.²³ En julio de 1937 se organizó la compañía blindada

internacional de los voluntarios que eran chóferes y mecánicos de autos.²⁴ Grupos considerables de internacionalistas engrosaron tres batallones de guerrilleros, que contaban con 300 a 400 hombres cada uno. Actuaban preferentemente en los frentes central y meridional.²⁵ Más tarde los batallones se sumaron al 14 cuerpo (de guerrilleros).

Gran parte de los voluntarios extranjeros que llegaron a España en distintas fechas combatieron en las unidades del ejército popular español, en la aviación, en los grupos de tanques, en la marina. Parte de ellos se incorporaron a las unidades anarquistas, a la 29 división, organizada por el POUM. Estos voluntarios no se sumaban al número total de internacionalistas.

Simultáneamente con las brigadas internacionales se iba organizando la Base central en Albacete.

Hacia enero de 1937, según los partes del mando, su estructura era la siguiente: jefe de la Base, Estado Mayor, comisión política, secciones (de personal, correo y censura, servicio de inteligencia y contraespionaje, instructores militares, centros de enseñanza, transporte, armamentos), servicio sanitario, talleres militares, redacción del periódico *Voluntarios de la libertad* y de los boletines de información, grupo de servicios, comandancia, compañía disciplinaria.²⁶ Hasta marzo de 1937 también funcionó el Consejo militar de la Base, que resolvía las principales cuestiones políticas y de organización, integrado por representantes de la Base y del CC del PCE. En Madrid, Valencia, Barcelona, Alicante y Figueras la Base tenía sus representaciones.²⁷

Por la primavera de 1937 se formó el servicio sanitario de las brigadas internacionales,²⁸ encabezado por R. Neumann y, más tarde, por Z. Kristanov (Telge) y P. Kolarov. Prestaban asistencia médica a los combatientes de las brigadas y también a los del ejército republicano.

La Base de Albacete desempeñó importante papel en el devenir de la actividad combativa de las brigadas internacionales. En di-

ferentes períodos la dirigieron los franceses J. Marie (durante un breve plazo), y V. Gaillimand (Vidal), octubre de 1936—julio de 1937; desde julio hasta octubre del mismo año, el búlgaro K. Lukanov (Belov); desde noviembre de 1937 hasta mayo de 1938, el alemán W. Zeisser (Gómez). Luigi Longo (Gallo) fue inspector general de las brigadas internacionales, responsable de toda la labor política en ellas, desde diciembre de 1936 hasta que se disolvieron en agosto de 1938. André Marty, F. Dalhem, Palmiro Togliatti, miembros del CE de la Comintern, y J. Deutsch, Pietro Nenni y G. Delvignier, representantes de la Internacional Socialista, desempeñaron señalado papel en las actividades de las brigadas.



Muchos partidos comunistas enviaron a España a sus representantes, encomendándoles garantizar los enlaces de los voluntarios con sus partidos, prestar ayuda política y de organización al mando en la formación de las unidades. En la primera etapa, la más difícil en el devenir de las brigadas, su papel fue muy positivo.

El hecho de que la mayoría absoluta de voluntarios fueran miembros de los partidos comunistas y de las uniones juveniles comu-

nistas dio pie para que muchos estudiosos de distintos países consideraran las brigadas internacionales como una peculiar “legión internacional del Ejército Rojo”, como “destacamento armado de la internacional revolucionaria” o ejército de la “revolución mundial”.²⁹ No cabe duda de que el partido comunista y la Comintern procuraban aprovechar al máximo la situación que se había dado en España para que por “la plaza de armas española” pasara el mayor número posible de activistas, a fin de acumular la experiencia combativa que pudiera ser utilizada en las futuras revoluciones. Si bien de los documentos de la Comintern y sus secciones habían desaparecido los llamamientos a la “revolución proletaria” y se subrayaba en todo momento que la tarea estratégica de los partidos comunistas era luchar por la democracia y contra el fascismo, que en España se combatía en defensa de la república democrática de nuevo tipo (democracia popular), muchos comunistas, pese a ello, vieron en los acontecimientos españoles el comienzo de una nueva etapa de revoluciones socialistas. Parte de los voluntarios suponía que debía luchar por la implantación del régimen socialista en España;³⁰ cada iniciativa en las unidades terminaba cantándose *La Internacional* o canciones revolucionarias partidistas. Incluso iban al ataque cantando *La Internacional*. El mando hubo de hacer ingentes esfuerzos para persuadir a los voluntarios de que en España no combatían por el triunfo de la revolución socialista, sino por la defensa de las libertades democráticas del pueblo español. No obstante fue incapaz de superar los ánimos “revolucionaristas” de ese sector de combatientes.

Las brigadas internacionales participaron prácticamente en todas las operaciones más importantes del ejército popular de la república: en las inmediaciones de Madrid, en el Jarama, cerca de Guadalajara, en las ofensivas de Brunete y Zaragoza, en el asalto y la defensa de Teruel, en los combates defensivos en los frentes Oriental y del Levante, en las operaciones de ofensiva y defensa en el Ebro, y algunos grupos, en los combates de Cataluña. Tuvie-

ron grandes bajas, experimentaron enormes dificultades, pero no perdieron el espíritu combativo, el estoicismo, la tenacidad, la aspiración a cumplir del mejor modo las órdenes que recibían.



Centelles

Tuvieron fracasos, especialmente al principio, y derrotas, pero el mando del ejército popular tenía en muy alta estima a las brigadas, a las que consideraba las mejores unidades por la disciplina, la capacidad combativa y el estado moral.³¹ Lo curioso es que también así las calificaba el mando del enemigo. El boletín de información de la división italiana "Soria" decía que las unidades internacionales se diferencian sustancialmente de las milicias por su mayor valentía, mayor decisión y espíritu de ofensiva, por su mayor capacidad para las maniobras.³² Si se toma en consideración en qué circunstancias y con qué ritmo se formaron las brigadas y las dificultades que surgían por ese motivo, puede decirse que sus organizadores revelaron inaudita energía, decisión, un milagro de ingeniosidad y tanta fe en la causa que habían emprendido, que en plazos jamás vistos por la brevedad pudieron

crear unidades militares combativas, que dejaron una huella imborrable en la guerra antifascista del pueblo español.

Las dificultades con que tropezaron los organizadores de las brigadas y luego sus mandos eran realmente increíbles. Ante todo eso se refería a los efectivos. Los documentos del archivo de la Comintern prueban que a España acudieron en masa personas guiadas por el odio al fascismo, por un inmenso entusiasmo y romanticismo revolucionario, dispuestas a entregar al pueblo español todas sus fuerzas y, si fuera necesario, la vida. Pero muchos de ellos distaban de contar con la salud y las cualidades físicas para el servicio militar. La comisión médica de la Base central de las brigadas rechazaba resueltamente a los débiles, enfermizos, enfermos crónicos, a los mayores de edad y a los de edad premilitar. El mando también se vio ante "voluntarios" de otra índole: elementos lumpen, aventureros, borrachos, aficionados al lucro, que vieron en los sucesos españoles un momento oportuno para lograr, sin grandes molestias —como ellos creían—, sus "ideales", no muy luminosos que digamos. Y aunque la selección de los voluntarios era severa, parte de tales "luchadores contra el fascismo" se infiltraron en las brigadas internacionales, aportando elementos de desorganización.

Pero la indisciplina de algunos combatientes y oficiales no solo obedecía a que entre ellos hubiera elementos lumpen o delincuentes. Incluso algunos miembros de los partidos comunistas y de los sindicatos, llegados de países democráticos, no tenían la mínima noción de qué era la disciplina en el ejército.

El mando tomó medidas enérgicas contra los infractores de la disciplina. En el archivo de las brigadas internacionales se conservan centenares de órdenes del mando imponiendo castigos disciplinarios a soldados y oficiales.³³ Para los reincidentes se formó una compañía disciplinaria,³⁴ y en el verano de 1937, cuando después de las duras batallas de Brunete creció sensiblemente el número de combatientes y oficiales desmoralizados y de desertores, se organizó un campo especial, que llevó el nombre del

general Lukásc (Mate Zalka).³⁵

Algunos castigados, en especial los sospechosos de simpatizar con el trotsquismo o los que se acusaban de espionaje o delitos militares, eran enviados a las cárceles de Alcalá de Henares, de Madrid y Barcelona, donde se los encerraba junto con los delincuentes y los elementos fascistas.

Para mantener la disciplina, el mando también tomó la medida de enviar a Francia, junto con los inválidos y enfermos, a los voluntarios desmoralizados, en tanto que a los desertores, a los que sembraban el pánico, eran "traidores" y "saboteadores" incluso se los fusilaba. Ahora es imposible establecer hasta qué punto era legítima esa medida. En cualquier ejército hay hombres que cometen delitos militares y son drásticamente castigados por ello. Pero no cabe duda de que las medidas "extraordinarias" se aplicaban con frecuencia a voluntarios que no las habían cometido. Con frecuencia eran víctimas de la lucha fraccionaria, de la enemistad personal, de prejuicios políticos e ideológicos.

En aquellos años reinaba en el movimiento comunista la intransigencia ideológica, seguida por una purga sin cuartel en las filas de los partidos: se perseguían los llamados "espías y asesinos trotsquistas-zinovievistas", los de la derecha y otros heterodoxos. Los procesos políticos moscovitas alentaron más aún esa histeria ideológica y política. La Comintern orientaba al mando de las brigadas internacionales alibrar una lucha sin cuartel contra los trotsquistas, "los peores enemigos del pueblo español",³⁶ inclusive hasta su exterminio. En las brigadas había una verdadera "caza de brujas". Se estimulaban las denuncias, en las reuniones se ponía de manifiesto a los trotsquistas, se recogía material comprometedor contra aquellos que en alguna medida estuvieran vinculados con los dirigentes de los partidos comunistas encarcelados en la URSS. La envergadura de esa "caza" puede verse en el parte enviado desde la Base de las brigadas internacionales al CC del PCE en enero de 1938, en el que se enumeraban 20 apellidos de personas que, según afirmaba el autor anónimo, eran agentes de

la gestapo, del servicio de espionaje italiano, húngaro, polaco y estadounidense.³⁷ Las delaciones eran entonces un fenómeno corriente. Por ejemplo, el PCF publicaba periódicamente las denominadas "listas negras", con los apellidos, fotografías e incluso las direcciones de personas que se sospechaban de ser trotskistas, de tener contacto con la gestapo, etc.

André Marty fue responsable, en gran medida, del avivamiento de esta campaña. Marty desempeñó señalado papel en el proceso de formación de las brigadas internacionales. El CE de la Comintern, al enviarlo a España, subrayó que al organizar las brigadas debía concentrar los esfuerzos en el aspecto político.³⁸ Se tomaba en cuenta no solo el pasado de Marty, partícipe de la sublevación de los marinos franceses en el Mar Negro en 1919, sino también que era oriundo de Cataluña francesa, tenía apellido español, conocía bien la situación en España y podía llegar fácilmente a acuerdos con los dirigentes de la república. Sin embargo, ya en España, Marty tomó en sus manos todo el poder en las brigadas internacionales.

Muchos periodistas, participantes de los sucesos españoles e historiadores describen la actividad de Marty con los tintes más sombríos. El "carnicero de Albacete", el "verdugo", el "inquisidor" y otros moteles pueden verse en las páginas de muchos libros.³⁹ Unos indican su excesivo carácter impulsivo, su propensión a inesperados ataques de cólera,⁴⁰ otros suponen que padecía manía de persecución y veía enemigos por todas partes.⁴¹ Es probable que a ello obedezcan los motivos de su crueldad respecto de los "desertores, débiles, sospechosos y espías".⁴² La más mínima discordancia o duda de que él estaba en lo cierto provocaba sus acusaciones de "trotsquismo", "espionaje", etc.⁴³

Estas apreciaciones tan rígidas y negativas acerca de la actividad y el carácter de Marty tenían, sin duda, firme fundamento. Marty era un ejemplo típico del político formado bajo la influencia de los métodos stalinistas de lucha ideológica y política. Estaba ciegamente persuadido de su talento militar y perspicacia política, de

su derecho a juzgar y absolver en virtud de su alta posición. Las cosas llegaban al absurdo. Cierta vez Marty ordenó arrestar a un voluntario inglés porque le había pedido que no hablara tan de prisa, porque no le entendía.⁴⁴

Las personas que trabajaron con Marty lo calificaban, en sus partes al CE de la Comintern, del modo más negativo. Su impulsividad hizo que Stem, quien chocaba con él reiteradas veces, escribiera al CE de la Comintern: "Marty, iluminado de pronto por alguna idea "genial", un día convierte una mosca en un elefante y, al día siguiente, un elefante en una mosca".⁴⁵

Justamente estos métodos de Marty fueron criticados por Togliatti, quien insistió en que se lo reclamara de España.⁴⁶ Marty fue llamado en el verano de 1937,⁴⁷ y aunque regresara a fines del año, ya no se inmiscuía en los asuntos internos de las brigadas internacionales. Claro que no solo Marty fue culpable de las represalias a los heterodoxos.

Muchos historiadores mencionan los nombres de otros dirigentes de las brigadas, relacionados con los representantes del NKVD en España, en particular con A.Orlov (seudónimo de Lev Feldbin), como también con el servicio de información militar republicano, que una temporada estuvo controlado por el PCE.

Un problema no menos complicado, con el que tropezaban a cada paso las brigadas internacionales, eran las relaciones entre las nacionalidades. Parecería que el alto nivel ideológico y político de la mayoría absoluta de "voluntarios de la libertad" excluía la posibilidad de que hubiera conflictos de matiz nacional. Por otra parte, el hecho de que en las brigadas hubiera representantes de 53 países, con su mentalidad, costumbres y tradiciones, solía provocar suspicacias, divergencias y conflictos.

Los traductores se valoraban en las unidades a precio de oro. De su eficacia, calificación y resistencia dependía en ocasiones el desenlace de la batalla y, en general, toda la vida normal. Hasta que la orden desde arriba o la información desde abajo llegara a

su destinatario todo podía haber cambiado radicalmente. En la 12 brigada, por ejemplo, las órdenes llegaban del siguiente modo: Mate Zalka, jefe de la brigada, y su sustituto, el búlgaro Petrov, daban la orden en ruso: Alexei Eisner, el ayudante, la traducía al francés, y los traductores al alemán, español, italiano, etc.⁴⁸ En las unidades se empleaba, para comodidad de la comunicación, una especie de argot en el que se hablaba al dar las órdenes e inclusive cuando cantaban.⁴⁹



Desde el punto de vista político o ideológico, tal plurinacionalidad tenía ciertos lados positivos: el internacionalismo encontraba allí poco menos que su encarnación clásica. No obstante, surgían muchísimas dificultades en la comunicación, en la organización y en la correspondencia oficial. Debido a ello había muchas incomprendiciones y, a veces, fenómenos morbosos, como fueron la rivalidad nacional, el egoísmo nacional y el proteccionismo.

El mando advirtió bastante rápido esos fenómenos. Gaillimand, por ejemplo, en un parte a la sección política del Consejo de Guerra, indicaba el peligro de conflictos interétnicos, capaces de minar la unidad de las brigadas.⁵⁰

Las complejas relaciones entre las nacionalidades de las brigadas no tanto eran el resultado de que los agentes fascistas instigaran a una nacionalidad contra otra, instigaran a los combatientes españoles contra las brigadas internacionales,⁵¹ cuanto el efecto de las ideas preconcebidas nacionales. Los magnos objetivos por los que combatían y perecían los internacionalistas no podían de un día para otro liberar su conciencia de los prejuicios adquiridos mientras crecían, vivían, estudiaban y trabajaban.

FILIACION		NOMBRAMIENTOS	
	Estatura _____	Grado _____	
	Pelo _____	Empleo _____	
	Ojos _____	Nombrado día _____	
	Cara _____	visado el _____	
	Barba _____	Comandante _____	
	Nariz _____		
	SEÑAS PARTICULARES		
	(Firma del interesado)		
Fecha de nacimiento	11 1911	Grado _____	
Lugar de nacimiento	Blanca	Empleo _____	
Nacionalidad	Argentino	Nombrado día _____	
Profesión	Periodista	visado el _____	
Estado civil	Salvo	Comandante _____	
DOMICILIO: País	Argentina	Grado _____	
Pueblo	La Plata	Empleo _____	
Calle	Escuela y Pisco núm. 520	Nombrado día _____	
Partido Político	Anti-fascista	Visado el _____	
Fecha de entrada en las B. I.	9. 9. 1937	Comandante _____	
Fecha de entrega de la libreta	28 9. 1938		

Los representantes de los partidos comunistas en las brigadas podrían extinguir o mitigar esos conflictos, pero con frecuencia ellos mismos eran fuente de los conflictos nacionales, al defender por todos los medios los intereses de "los suyos". En el informe

sobre el trabajo de la Base, W.Zeisser indicaba que los representantes de los partidos realizaban en las brigadas "su propia política de personal y, pasando por encima de la dirección militar, se inmiscuían en las cuestiones administrativas e incluso militares".⁵²

Con el fin de apagar los conflictos entre las nacionalidades, el mando propuso —al tiempo que reforzaba la labor política— que la dirección militar de la república reclamara a todas las brigadas internacionales del frente por un par de semanas y las reorganizara de modo que fueran más homogéneas por su composición étnica.



En abril y mayo de 1937 esas propuestas fueron cumplidas parcialmente. Las brigadas eran retiradas gradualmente del frente, se reorganizaban, completaban y, de ese modo, se hicieron más homogéneas en ese sentido, si bien no se logró formar unidades mononacionales, lo cual ni siquiera era posible. Mas esa reorganización suavizó en forma considerable las contradicciones nacionales.

Un problema no menos complicado que se planteó a las brigadas era el de la supervivencia. Las grandes pérdidas y el cese de afluencia de voluntarios nuevos, debido a las prohibiciones im-

puestas por los países partícipes del Acuerdo de no intervención al reclutamiento de quienes desearan servir en el ejército republicano, sumado a un veto semejante del gobierno de Largo Caballero, hizo que las unidades internacionales se redujeran numéricamente con rapidez. Surgió el peligro de su extinción. Para evitarlo, el mando propuso completar las filas de los internacionalistas con voluntarios españoles. Se sobrentendía que de ese modo las brigadas obtendrían una fuente permanente de reemplazo y, al mismo tiempo, se integrarían orgánicamente en el ejército popular. La idea de la "españolización" de las brigadas surgió en diciembre de 1936, cuando en las brigadas 13 y 14 se incorporaron batallones compuestos solo por españoles.⁵³ Desde enero de 1937, en las brigadas internacionales se incluían en masa subdivisiones españolas. Los internacionalistas no tardaron en ser tan solo el 20 ó 25% de los efectivos (soldados y oficiales de las brigadas internacionales) y, hacia fines de 1937, los españoles los superaban en número en todas las brigadas, sin excepción.

Según los datos de la Base de las brigadas, correspondientes al 22 de diciembre de 1937, por ellas pasaron 27.414 voluntarios extranjeros. Descontando los muertos, heridos, repatriados, desaparecidos y desertores, en sus unidades había 20.089 hombres. Mas el número total de combatientes de las unidades internacionales ascendía para esa fecha a 42.447, de los cuales 20.595 eran españoles.⁵⁴ A mediados de enero de 1938 servían en la 45 división 1.919 internacionalistas y 5.386 españoles. En la 11 brigada el 81% de los efectivos eran españoles; en la 13, 70%, y en la reserva se encontraban 63%.⁵⁵ Si bien los puestos de mando y los comisarios seguían ocupados fundamentalmente por internacionalistas, crecía sin cesar el número de españoles en los cargos de oficiales.

Sin embargo, muchos hechos prueban que la "españolización" de las brigadas internacionales chocaba con una oposición oculta y a veces abierta. Los internacionalistas, acostumbrados a la autonomía completa, admitieron con malestar la afluencia de soldados y oficiales españoles, considerándola un atentado a su autonomía.

Entre ellos seguía privando la tesis acerca de la superioridad de las brigadas internacionales sobre las españolas, la convicción de que ellos “salvaban a España” y de que sin ellos le esperaba a la república la misma suerte que a Abisinia (Etiopía). La “autonomía” de las brigadas llegaba al punto de que el mando de las mismas cumplía las órdenes de los jefes superiores tan solo después de que fueran confirmadas en Albacete.⁵⁶ A cualquier precio trataban de conservar “su” transporte, sus hospitales, eran desdeñosos con los oficiales españoles, y exigían a los españoles el “reconocimiento ilimitado” por la participación de las brigadas internacionales en la guerra, sin demostrar, como señalara Swierczewski, suficiente respeto a los dueños del país y a las leyes de la república.⁵⁷

Algunos jefes rechazaban de lleno la idea de integrar las brigadas en el ejército español, tal como insistía el CE de la Comintern, cuya presidencia subrayaba —en una decisión del 27 de diciembre de 1936— que las brigadas debían convertirse en parte integrante del ejército popular español, se pronunciaba contra la excesiva acentuación del papel que desempeñaban y rechazaba tajantemente que se contrapusieran a las demás unidades del ejército republicano, instando en que se formaran sobre la base del Frente Popular y fueran la fuerza que contribuyera a cementar el ejército popular.⁵⁸ El Secretariado del CE de la Comintern, luego de escuchar el informe de Marty el 4 de marzo de 1937 sobre la situación en las brigadas internacionales, exigió al mando de las mismas la fusión decisiva con el ejército popular y la liquidación de su “autonomía”, cualquiera que fuera.⁵⁹

El hecho de que algunos internacionalistas no desearan renunciar a su “autonomía” no tanto obedecía a su terquedad o a la incompreensión de los problemas como a las relaciones complicadas que se habían establecido entre ellos y la dirección política y militar de la república. Las brigadas internacionales se habían organizado, en gran medida, de un modo independiente de ella e inclusive contrariamente a ella, al igual que los destacamentos de las mili-

cias populares y otras formaciones militares. Al gobierno le preocupaba que hubieran sido creadas, ante todo, por los comunistas y que podrían reforzar las fuerzas de los comunistas en detrimento de otros partidos y organizaciones del Frente Popular. Ello despertó en el gobierno serias sospechas acerca de las verdaderas intenciones de los organizadores de las brigadas.

La situación se complicaba más aún a raíz de que la mayoría absoluta de voluntarios no sabía el español ni el catalán, desconocía las costumbres y tradiciones del país y de sus regiones. Por eso, cualquier malentendido podía agrandarse al máximo, en especial si no se aspiraba al entendimiento mutuo. Las cosas llegaban al punto de que algunos jefes y comisarios exigían



que se eximiera a las brigadas internacionales de los "camaradas españoles".⁶⁰ Thorez, quien visitó las brigadas en febrero de 1937, comunicó al CE de la Comintern que semejantes ánimos se habían extendido ampliamente. En las unidades se propagaba la idea de que las "brigadas internacionales están mejor organizadas que el ejército español", que tenían "un mando mejor", que eran "ejemplo de organización y valentía".⁶¹

El mando y los organismos políticos de las brigadas tomaban las medidas pertinentes contra los ánimos antiespañoles, comprendiendo que si no se superaban sería imposible convertirlas en parte integrante del ejército popular. A fin de aproximar a los voluntarios españoles y extranjeros se impuso el aprendizaje obligatorio del español. Se estimulaban y desarrollaban los contactos de los internacionalistas con la población local, su participación en diferentes tipos de festejos, en la recogida de la cosecha, en la recaudación de fondos para subvencionar casas de niños, para

ayudar a los refugiados, etc.

Pero si en las brigadas había ánimos antiespañoles, también los había en relación con los internacionalistas entre los políticos de la república, en sus medios militares, y no solo entre los socialistas, anarquistas o republicanos, sino incluso entre los comunistas. Los jefes militares comunistas seguían celosamente cada paso de las brigadas internacionales. En cuanto a la mayoría de oficiales españoles, les irritaba que los oficiales internacionalistas tuvieran graduaciones militares más altas. Mientras ellos mandaban brigadas, divisiones e incluso cuerpos de ejército con el grado de comandante y, en el mejor de los casos, de coronel, los jefes de las brigadas tenían la graduación de general.⁶² El Secretariado del CE de la Comintern hubo de subrayar especialmente, en una resolución de noviembre de 1937, que era preciso terminar con ese orden, según el cual los jefes de las brigadas recibían una graduación más alta que los oficiales españoles.⁶³ Mas esa indicación llegó demasiado tarde.

Hacia la primavera de 1937, el mando de las brigadas internacionales comprendió con claridad que si no se liquidaba su “autonomía” ni se integraban en el ejército republicano, el movimiento internacionalista sufriría un derrumbe moral y político. La reunión celebrada el 2 de marzo de 1937 por los mandos y el personal político de las brigadas internacionales se proclamó resueltamente por la fusión completa con el ejército popular, con miras a poner a los internacionalistas y a los soldados y oficiales españoles en iguales condiciones de suministro, armamento, organización del servicio sanitario, etc.⁶⁴ Mas el plan elaborado en esa reunión no se cumplió, porque las brigadas estaban participando en grandes combates de ofensiva y defensiva. Además, ni el mando ni las autoridades republicanas tenían una noción precisa de las normas jurídicas y otras, por las cuales podrían fundirse las unidades internacionales con el ejército popular.

Tan solo a principios de junio se reunieron en el Ministerio de Defensa representantes del gobierno, el mando de las brigadas

internacionales y los asesores. No fue apoyada la propuesta de Indalecio Prieto, Ministro de Defensa, de desarticular las brigadas e incorporar sus subsecciones en las brigadas españolas.⁶⁵ La absoluta mayoría optó por conservarlas como unidades del ejército popular. Para la solución práctica de la fusión se acordó formar una comisión gubernamental, a fin de estudiar la situación y solo después tomar la decisión definitiva.

Hubo varios enfoques acerca del destino posterior de las brigadas. La comisión gubernamental propuso crear con ellas algo así como una Legión Extranjera, reducirlas a cinco brigadas, homogéneas, en lo fundamental, por la lengua. En 40 ó 50 por ciento debían estar formadas por los mejores voluntarios extranjeros, y el resto, por españoles; correspondía suministrarles los mejores armamentos, para que conservaran el carácter de unidades de choque. La comisión también propuso que la Base de Albacete se subordinara directamente al Ministerio de Defensa, redujera marcadamente el aparato administrativo y sustituyera la dirección.

La dirección de las brigadas internacionales propuso en un memorándum al gobierno que las brigadas se insertaran orgánicamente en el ejército popular, y centró la atención en los siguientes problemas: el estado, los derechos y las obligaciones de los combatientes y oficiales; lugar de las brigadas internacionales en el ejército popular; distribución de los puestos de mando y políticos entre los extranjeros y los españoles; reclutamiento de voluntarios en el extranjero; paga; descansos; relaciones entre las brigadas y la Base, entre la Base y el mando del ejército popular; hacer extensiva a los combatientes la legislación de la República Española, etc. En el memorándum también se exponía el deseo de reorganizar la Base de Albacete.

No es casual que el problema de la Base central atrajera la atención. Desde abril hasta junio de 1937 pasaron por los cursos y la escuela de preparación militar de las brigadas 6.017 voluntarios.⁶⁶ Pero al mando no siempre le satisfacía la calidad de la enseñanza.

Eran muy complejas las relaciones entre la Base y las brigadas. Los que se hallaban en el frente se quejaban de que la Base estaba mal vinculada con las unidades. Según datos de la comisión que había comprobado la labor de la Base, resultó que al 31 de julio de 1937, del número de personas que se encontraban en ella 37% eran empleados y personal de servicio, 23,6% prestaban servicio de guardia y solo 39,4% aprendían en las escuelas y en los campamentos.⁶⁷ En la Base había demasiados representantes de diferentes partidos comunistas, dando pie a los del frente para decir con sarcasmo que la Base era una "pequeña Comintern".

Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor General, firmó el 21 de setiembre de 1937 la orden de reorganizar las brigadas internacionales, y el 23 de setiembre Juan Negrín, jefe del Gobierno, aprobó el decreto referente a las brigadas internacionales. En él se indicaba que las brigadas internacionales se forman como subsecciones integradas en el ejército español sobre la base de las ya existentes. Deberían utilizarse para el cumplimiento de todas las misiones de las fuerzas armadas y formarse del mismo modo que las unidades del ejército español. Se hacían extensivas a ellas las leyes vigentes en la república, se establecía el mismo orden de preparación militar, equipamiento y divisas. La Base de las brigadas permanecía en Albacete. Se le encomendaba la recepción de los voluntarios, ya fueran españoles o extranjeros, como también la capacitación militar y el envío de los combatientes a las unidades activas. Las brigadas internacionales se subordinaban al mando de la Base.

La reorganización de las brigadas y de la Base fue gradual dado que en aquellos tiempos sus unidades actuaban en importantes operaciones de ofensiva en el Frente de Aragón. La Base fue depurada de público "libre", el número de los que recibían instrucción ascendió a 64,5%, en tanto que el aparato administrativo se redujo hasta el 21%, y la guardia, hasta 14%, o sea, casi a la mitad.⁶⁸

El decreto de setiembre de 1937 inició una etapa nueva en la his-

toria de las brigadas internacionales. De unidades constituidas solo por voluntarios, autónomas por su carácter, se trasformaron en parte integrante del ejército popular de la república. Al mismo tiempo, se conservaron algunos rasgos específicos: el principio de voluntariedad para los combatientes extranjeros, a diferencia de los españoles, que servían en ellas por haber sido llamados a filas; la composición multinacional de todas sus unidades; cierta autonomía interna.

También entonces se decidió la cuestión de los representantes de los partidos en las brigadas internacionales. Según unos datos, a fines de diciembre de 1937, según otros, en enero de 1938, por iniciativa de Togliatti, se disolvió la institución de los representantes. La mayoría fueron reclamados de España y quienes quedaron se subordinaron a la sección del CC del PCE para la labor con los cuadros extranjeros. Se decidió asimismo que los internacionalistas ingresaran en las filas del PC de España y se guiaran por su línea general.⁶⁹

La reorganización no implicaba que los internacionalistas superaran de inmediato todas las imperfecciones, tanto más que debían reorganizarse en situación de combate. En diciembre de 1937 y hasta febrero de 1938 parte de ellos participó en combates de ofensiva y defensiva cerca de Teruel; en marzo y abril, en las batallas del frente oriental que terminaron con una dura derrota del ejército popular y las brigadas, con la ruptura del frente y la penetración del enemigo hasta el Mediterráneo, partiendo la república en dos partes. En esos combates tuvieron serias bajas, fueron desmoralizados y debilitados. Swierczewski analiza la situación en las brigadas internacionales en una carta que envió a Marty, escribiéndole que, como unidad militar, no habían pasado el examen en la nueva situación táctica, tanto desde el punto de vista de la fuerza de organización, dirección o sólida composición de oficiales y suboficiales. Como brigadas internacionales, continúa, hasta la fecha no hemos estado suficientemente cohesionados con los españoles, sin lo cual no se podía y era imposible lo-

grar la confianza mutua en la batalla.⁷⁰



Por aquel entonces la histeria antitrotsquista había llegado al apogeo. Los procesos de Moscú, la “gran purga” en la Internacional Comunista y entre la emigración en la URSS incidieron de un modo extremadamente negativo sobre los diferentes grupos nacionales, enfrascados en interminables reuniones, en las que acusaban y estigmatizaban a los “enemigos del pueblo y del partido”. Por ejemplo, los voluntarios húngaros “desenmascaraban” a todos los que habían trabajado con Béla Kun. Entre los voluntarios yugoslavos bullía la lucha fraccionaria entre los partidarios de M.Gorkic, ex secretario general del partido, y sus enemigos. Los polacos se vieron en una situación particularmente difícil. A fines de 1937 fueron llamados de España y arrestados en Moscú los representantes del CC del PC de Polonia: R.Reicher, M.Kagan-Serpinski y otros. En ese año fue disuelto el Partido Comunista de Polonia. A España llegó un grupo especial, encabezado por A.Ivanov, para proceder a la “purga” de “espías y provocadores” en la brigada Dombrowski.⁷¹ Las mismas campañas de lucha con-

tra los “enemigos del pueblo” se realizaron entre los voluntarios alemanes, austríacos, lituanos, ucranianos y bielorrusos.

En los combates de la primavera de 1938, las brigadas sufrieron enormes pérdidas. Mientras a comienzos de marzo la 15-a brigada contaba con 2.339 hombres, al iniciar abril sus efectivos eran de 160.⁷² En la 14-a brigada había, al comenzar las batallas, 5.150 hombres, y en abril, 2.580!⁷³ Por primera vez los franquistas capturaron en esos combates grandes grupos de internacionalistas.



Durante y después de los combates en Aragón, el mando se vio obligado a tomar las más drásticas medidas contra los desertores. Una orden del Ministro de Defensa, del 2 de junio, prueba cuán tensa era la situación: en caso de desertión de un soldado u oficial, sus parientes por línea masculina deberían ocupar el lugar de aquéllos en el ejército o en trabajos obligatorios para la construcción de fortificaciones, caminos o líneas de comunicaciones.⁷⁴ Los casos de los desertores pasaban a los tribunales de guerra. En las brigadas internacionales se los trataba con no menos rigidez, si no

con crueldad. Se conocen hechos en que se establecía el siguiente orden con los desertores o los que huyeran del campo de batalla: si desertaba un soldado, lo podía fusilar el cabo; si era un cabo, el sargento; si era el sargento, el teniente.⁷⁵

Pero los hechos prueban que entre los internacionalistas solían desertar principalmente en las unidades de la retaguardia, aunque tampoco se evitaran casos en las del frente.

Durante los combates en Aragón se planteó con suma agudeza el problema de conservar la Base central. A principios de abril ya se veía con claridad que al menos cinco de seis brigadas internacionales pasarían a Cataluña, y la Base se vería cortada de ellos. En tales circunstancias, el mando solicitó al Ministerio de Defensa que la Base de Albacete fuera trasladada a Cataluña. El 6 de abril se recibió esa orden. La evacuación se operó con increíble premura, no obstante, en cuatro días fueron trasladados a Cataluña 8.000 hombres, entre ellos tres mil quinientos heridos, enfermos y convalecientes, como también todas las pertenencias de la Base.⁷⁶ El último tren con heridos cruzó el Ebro prácticamente bajo las narices del enemigo, después de lo cual se voló el puente. Tan solo un tren con heridos no pudo ser enviado y se lo llevó a Valencia.

La nueva Base se instaló en el poblado de Horta, cerca de Barcelona; el 28 de mayo la Base fue cerrada por orden del Ministro de Defensa y, en su lugar, se formó la Administración central de las brigadas internacionales, subordinadas al secretariado de las tropas de tierra.⁷⁷

Luego de completar y volver a reorganizarse, las cinco brigadas internacionales, ya en Cataluña, participaron en una de las operaciones más importantes del ejército popular: la ofensiva y la defensa en la corriente media del Ebro. Los combates fueron allí de extraordinaria tenacidad y crueldad. En la primera semana de combates la 11-a brigada perdió 307 hombres entre muertos, heridos y desaparecidos, la 13-a, 420; la 15-a, 552; el batallón de

ametralladores, 54. La 35-a división perdió en los combates del Ebro, en total, 3.872 hombres, o una tercera parte de sus efectivos.⁷⁸ No menos considerables fueron las bajas de las brigadas internacionales integradas en la 45 división.

En pleno auge de la batalla del Ebro, el Gobierno de la República decidió sacar a las brigadas del frente y desmovilizarlas. No fue una decisión inesperada. Al comenzar la primavera de 1938, ya se había hablado de ello cuando Marty dijo en una reunión que las brigadas internacionales se habían agotado como fuerza combativa y política.⁷⁹ En realidad, Marty estaba en lo cierto, porque para esos momentos el ejército popular de la república se había convertido en un ejército regular con no menos de un millón de hombres. Seis brigadas internacionales y varias unidades internacionales menores no podían ejercer una influencia más o menos importante en el curso y el desenlace de la guerra. Más bien eran una fuerza moral y política que militar, eran símbolo de la solidaridad internacional de las fuerzas democráticas con la España Republicana. La declaración de Marty fue acogida con comprensión en las brigadas, aunque eso no se reflejó en la actividad combativa.

En mayo, en una reunión del Mando militar supremo del ejército popular, en la que participaron representantes de las brigadas internacionales, la cuestión de su retirada ya se debatió en el plano práctico. Por entonces, el Comité londinense de No Intervención, después de largas discusiones, admitió el plan de evacuar a todos los voluntarios extranjeros, tanto de la zona republicana como de la franquista, plan que debía entrar en vigor de un día para otro. Por eso la reunión se pronunció por la disolución y evacuación de las brigadas, si bien los partícipes sabían que esa medida empeoraría notablemente la situación militar y política en España a favor de los amotinados, pues se daba por descartado que Alemania e Italia, países que los apoyaba, casi seguro no retirarían todas sus tropas.

En el CE de la Comintern también se discutía el destino posterior

de las brigadas. A juzgar por los documentos, hubo dos enfoques. La minoría opinaba que las brigadas no habían agotado aún sus posibilidades, que se las debía conservar por el momento y añadirles una nueva afluencia de voluntarios, depurar sus filas de aventureros y derrotistas y acabar resueltamente con los ánimos desmovilizadores. Esta posición era defendida por quienes habían combatido en España, conocían bien la situación desde adentro, en particular por Swierczewski, quien en junio de 1938 envió a Dimitrov una extensa carta. Subrayaba en ella que los españoles calificarían la retirada de las brigadas internacionales en el instante decisivo de la guerra como una huida del frente y como una desertión en el momento más responsable y decisivo de la contienda. Consideraba que no podía haber motivo o causa alguna para justificar la retirada de un solo combatiente del frente durante el combate y que, por el contrario, se debía reforzar al máximo la línea del frente.⁸⁰ En esa carta Swierczewski hizo varias propuestas, cuya realización permitiría, a su juicio, fortalecer en grado considerable la capacidad combativa de las brigadas internacionales, entre otras, la de formar con ellas un grupo combativo aparte.

Marty defendía otro punto de vista. En vísperas de la reunión del Secretariado del CE de la Comintern, el 24 de agosto, envió una nota en la que dejaba constancia de que los partidos comunistas habían cesado, prácticamente, de alistar a voluntarios, los fondos de reclutamiento se habían agotado, en tanto que los voluntarios insistían en ser evacuados, ya fuera en forma colectiva como individual. Marty proponía plantear al gobierno de la república el destino posterior de las brigadas del siguiente modo: dar consentimiento para evacuar a los voluntarios, sin excepción, o bien conservar en el ejército popular a los mejores cuadros internacionales (entre 1.000 y 1.500 hombres), evacuando al resto. No obstante, advertía Marty, los que quedaran perecerían en los próximos meses, sin dar nada a los defensores de la república. Rechazando esa idea, propuso liberar del servicio en el ejército popular a to-

dos los internacionalistas, sin excepción, y así se obtendrían "todas las ventajas políticas"; sacarlos de España, prestando especial atención a los voluntarios de los países fascistas, a quienes les era imposible regresar a su patria, enviar a parte de los voluntarios a la URSS a escuelas especiales, para aprovechar al máximo su experiencia combativa. Marty terminaba su nota diciendo que la decisión debía tomarse de inmediato, dado que la resolución del gobierno (para retirar a las brigadas) se hacía vox populi cada día más y podría asestar un duro golpe al excelente estado moral de las brigadas internacionales, así como tener consecuencias muy peligrosas.⁸¹

Ese fue el punto de vista que prevaleció. El 25 de agosto de 1938, después de una breve discusión, el Secretariado decidió retirar y evacuar de España a los internacionalistas.

El 21 de setiembre, Negrín anunció en la Sociedad de las Naciones que su gobierno había aprobado la decisión de retirar de inmediato a todos los combatientes no españoles que participaban en la lucha en España del lado del gobierno.⁸² Del 25 al 28 de setiembre todas las brigadas internacionales que lucharon en el frente del Ebro fueron enviadas a la retaguardia y acuarteladas en 10 centros de desmovilización en la región de Barcelona.⁸³ La 128-a brigada, que se encontraba en el frente de Levante, fue enviada a la retaguardia a principios de octubre e instalada en la región de Valencia.

Los problemas que se le plantearon al gobierno de la república y al mando de las brigadas al retirar a los internacionalistas fueron no menos complicados que al crearlas. No solo había que desmovilizar a 12.673 "voluntarios de la libertad", sino también garantizar su evacuación, concertar con los gobiernos de varios países la admisión, el pago del viaje, la ubicación, alimentación, asistencia médica, impedir que no fueran objeto de represalias los que no podían regresar a su patria por motivos políticos. Muchos gobiernos europeos promulgaron leyes, según las cuales los voluntarios de las brigadas internacionales perdían la ciudadanía de su

país y serían juzgados por servir en un “ejército extranjero”. Incluso donde las autoridades no consideraban punible el servicio en las brigadas internacionales ni ocasionaban impedimentos formales a los voluntarios para el retomo a la patria, surgían muchísimos problemas de orden jurídico y otros. Por ejemplo, al evacuar a 420 voluntarios estadounidenses, el consulado de EE UU, solo les dio 40 pasaportes. Más tarde se lograron otros 210 a través del consulado de EE.UU. en París.⁸⁴

La posición del gobierno de Francia fue un serio obstáculo para evacuar a los voluntarios. Los trenes que partían de Barcelona a Francia estaban horas y horas en la frontera y con frecuencia regresaban. El gobierno francés exigía que los voluntarios de los países democráticos se pagaran el viaje personalmente, y los que habían emigrado a Francia en otros tiempos de Alemania, Italia o de los países de Europa Oriental fueran enviados a África del Norte.⁸⁵

Para impedir que los antifascistas de países con regímenes fascistas y autoritarios fueran entregados, la dirección de las brigadas internacionales y el CC del PCE llegaron a un acuerdo con la embajada de México en España, a fin de que fueran evacuados a ese país. Iguales acuerdos se lograron con Chile, Cuba y algunos países latinoamericanos. Se suponía enviar a México 1.500 personas.⁸⁶

Entre setiembre y noviembre de 1938, en los centros de emplazamiento de los internacionalistas —Barcelona, Valencia, Madrid— se realizaron reuniones solemnes, entrevistas con los activistas de la población, con representantes de los ejércitos, partidos y organizaciones del Frente Popular. El Gobierno instituyó una medalla especial, con la que se condecoró a todos los internacionalistas.⁸⁷

El 28 de setiembre en Barcelona se hizo la despedida solemne de los combatientes de las brigadas internacionales. A ella asistieron 200.000 vecinos de la ciudad y sus alrededores. Las unidades de internacionalistas que representaban a cada brigada y unidad

internacional, pasaron por la Diagonal, una de las calles más bellas. Los soldados y oficiales marcharon seguidos de sonoros aplausos y saludos, sin armas y bajo las gloriosas banderas de sus unidades. Los saludaron Negrín y los líderes del Frente Popular.



El primer tren, con voluntarios franceses, cruzó la frontera franco-española el 12 de noviembre de 1938.⁸⁸ Hasta el final del año fueron despedidos 13 trenes, y uno más en enero de 1939.⁸⁹ En los países democráticos la gente organizó el recibimiento solemne de sus "voluntarios de la libertad". El 7 de diciembre de 1938 fueron acogidos 300 voluntarios ingleses en la estación londinense de Victoria. En la ceremonia participaron destacadas figuras de los partidos laborista y comunista, dirigentes de las tradeunions. En los Campos Elíseos rindieron honores a los voluntarios franceses, quienes desfilaron junto al Arco del Triunfo. Los combatientes de la brigada Lincoln fueron acogidos con entusiasmo en Nueva York.

Hacia fines de diciembre permanecían todavía en España casi 6.000 internacionalistas, de los cuales 1.982 en la zona central. El estado moral de quienes no habían logrado aún evacuarse era

complicado. Corrían rumores de que los combatientes, al llegar a Francia, se vieron en campos de concentración. El Congreso de activistas, reunido en Barcelona, llamó a todos los soldados y oficiales a mantener el espíritu combativo, luchar contra los ánimos pesimistas, consolidar la unidad, disciplina y vigilancia. El mismo mensaje les envió el CC del PCE.



Pero no se consiguió superar esos ánimos, tanto menos cuando se supo que muchos internacionalistas de países fascistas habían sido realmente detenidos por las autoridades francesas y enviados a campos de concentración especiales. Entre los voluntarios causó perplejidad que la embajada y el consulado soviéticos en España hubieran cortado los contactos con el mando de las brigadas internacionales y no gestionaran la entrega de visados para la entrada en la URSS. No podían comprender, en modo alguno, por qué el "primer país del socialismo" no tomaba la menor medida para salvar la vida de los que habían combatido en España contra el fascismo.

Entre los papeles del secretariado de Dimitrov se conservan numerosos documentos que, en cierto grado, desentrañan la situación que se dió en torno al regreso a la URSS de los internacionistas enviados a España por la Comintern, como también de los enfermos y heridos, por quienes gestionara la Comintern ante la dirección del PC(b) de la URSS. El 3 de diciembre de 1938, Dimitrov envió a A.Andréev, secretario del CC del PC(b) de la URSS, una carta, informándole que, por línea de la Comintern, habían sido enviados a España 589 miembros de partidos fraternales. A principios de diciembre quedaban en España 466, de los cuales 203 tenían la familia en la URSS, 155 eran ciudadanos soviéticos y 200 no podían regresar a sus respectivos países porque, por falsas acusaciones, estaban condenados a la pena de muerte o a encarcelamiento de muchos años. Entre ellos había heridos e inválidos. "El Secretariado del CC de la Comintern —escribía Dimitrov— solicita permitir el retorno a la URSS a 300 personas, evacuadas ahora de España a Francia. Se trata de inválidos o de condenados a pena de muerte o a muchos años de prisión, debido a lo cual no pueden regresar a su país, como tampoco pueden permanecer en otros países capitalistas, dado el peligro de que sean entregados a gobiernos fascistas".⁹⁰ Aunque quedaban 466 hombres, conociendo el orden de cosas reinante en la URSS, Dimitrov solicitaba permiso de entrada tan solo para 300.

Por lo visto no halló comprensión en el CC del PC(b), y el 30 de diciembre Dimitrov envió una lista de 209 hombres, de quienes el CE de la Comintern disponía los datos correspondientes.⁹¹ Por último, el 20 de agosto de 1939 Dimitrov y Manuílski transmitieron una carta a Stalin, llamándole la atención a que en los campos de concentración franceses se encontraban todavía 6.011 ex voluntarios, y pedían "conceder la entrada en la URSS de 3.000 a 3.500 ex combatientes de las brigadas internacionales, después de una minuciosa comprobación".⁹²

La comprobación se hacía, en efecto, a fondo, si consideramos que el 21 de marzo de 1939 el Secretariado del CE de la Comin-

tern telegrafió a Thorez y a Ibárruri: “Estimamos conveniente formar una comisión especialmente responsable, adjunta al CC del PCF y el Buró Político del PCE, que deberá examinar esas solitudes (para viajar a la URSS. *(N.del A.)* y dar una conclusión en cada caso por separado”.⁹³

Claro que la URSS no estaba cerrada totalmente para los combatientes de las brigadas internacionales ni para los antifascistas españoles, pero eso se hacía con tanta lentitud, tantos papeleos y otros obstáculos, que suscitaban dudas acerca de la honestidad de la dirección soviética. A lo largo de todo el año de 1939 fueron enviados en pequeños grupos a la URSS, donde se les prestó la ayuda necesaria para incorporarse al trabajo, recibir asistencia médica y descanso, recibir vivienda. A ello se dedicaba una comisión especial del CE de la Comintern, en cooperación con los sindicatos y los organismos locales de poder.

Mientras el mando de las brigadas internacionales y el gobierno de la república —bajo especial observación de una comisión de la Sociedad de las Naciones— evacuaban a los internacionalistas, comenzó el último acto del drama español. El 23 de diciembre de 1938 las tropas franquistas desplegaron la ofensiva general sobre Cataluña. A mediados de enero de 1939 quebraron la resistencia de los republicanos y comenzó la retirada desordenada de las unidades del ejército popular hacia la frontera francesa. Junto con ellos se lanzó a la frontera una avalancha de civiles. El mando de las brigadas internacionales se vio ante un problema de extraordinaria gravedad: salvar a casi 6.000 internacionalistas que no habían tenido tiempo de abandonar España. Como unidades combativas ya no existían, habían sido disueltas, desarmadas y, a la espera de la evacuación, dispersadas por pequeñas ciudades y pueblos de Cataluña. Sobre ellos pendía la amenaza de ser prisioneros o aniquilados.

Un parte de autor desconocido, a nombre de Marty y de los jefes de los puntos en que se había instalado a los combatientes desmovilizados, evidencia cuál era la situación de los internacionalis-

tas. Según ese parte, tan solo en las pequeñas ciudades de Hostaléts, Castellón de Ampurias, San Pedro Pescador, Palafrugell se hallaban unos 2.000 internacionalistas, entre ellos austríacos, húngaros, checos, eslovacos, polacos, estadounidenses, canadienses, siendo que la mitad de ellos no tenía armas y estaban en parte desmoralizados.⁹⁴

Justamente de esos hombres —que extraían información de los rumores contradictorios y los horrorosos relatos de los refugiados acerca del derrumbe total del frente, la huida del ejército y del gobierno— se decidió reconstruir unidades con capacidad combativa, a fin de cubrir la retirada de las tropas republicanas y de los refugiados civiles. El Secretariado del CE de la Comintern envió al mando la directiva, de la que Dimitrov informó a Stalin, de "tomar medidas para la restitución sigilosa de las brigadas internacionales", y al CC del PCF, de enviar a España un nuevo contingente de voluntarios.⁹⁵

El 23 de enero de 1939 se celebró en Palafrugell un mitin general de los internacionalistas, que aprobó por unanimidad un llamamiento al gobierno, solicitando permiso para reincorporarse en el ejército popular. De los restos de la brigada Dombrowski se formó una unidad comandada por el comunista polaco M.Torunczik. Lo que quedaba de la 11-a brigada fue encabezado por los comunistas alemanes G.Rau y Ludwig Renn, este último jefe del Estado Mayor. El comunista alemán E.Blanck, quien pereció poco después en combate, fue jefe del grupo de 450 hombres. De los restos de la 15 brigada surgió un batallón incompleto. Todos ellos se integraron en la 35 división.

El entusiasmo de los internacionalistas fue tal, que hasta los heridos se inscribían en las nuevas unidades internacionales. Armados con lo que aún les quedaba o recibiendo armas de las unidades españolas, las brigadas internacionales ocuparon, ya el 26 de enero, las posiciones defensivas al norte de Barcelona. Durante dos semanas fueron retirándose con combates hacia la frontera francesa. El 10 de febrero, la 35 división, cuyos efectivos ya no

pasaban de 1.500 hombres, llegó a la frontera y, al día siguiente, formada en columnas, con las armas en la mano y bajo las banderas, cruzó la frontera con los jefes de las unidades, depuso las armas y, en formación de marcha, se dirigió al campo de concentración,⁹⁶ construido con urgencia por disposición de París para internar a los combatientes del ejército republicano y de las brigadas internacionales. También fueron a parar a campos de concentración otros grupos de internacionalistas que salieron por Francia. Así acaba la epopeya de las brigadas internacionales en suelo español.



Se puede tener diferente actitud hacia las brigadas internacionales y apreciar de distinto modo el aporte que hicieron a la lucha del pueblo español contra el franquismo y los intervencionistas italo-germanos. Pero no debe olvidarse que los voluntarios no iban a España como turistas, ni por condecoraciones, no se guiaban por consideraciones arribistas. Iban a luchar contra el fascismo, sabiendo que pasarían sufrimientos e incluso podrían morir en suelo español; iban por mandato del corazón, dispuestos a todos los sinsabores y dificultades de la guerra. Swierczewski dijo

de las aspiraciones y los ánimos de los internacionalistas: “Unía a todos una finalidad grande, la más magna y revolucionaria, que era la lucha armada contra el fascismo y, en aras de ella, alemanes, italianos, polacos, judíos, representantes de todas las etnias del mundo, incluidos negros, japoneses y chinos, supieron entenderse entre sí, encontrar un lenguaje común, aguantaron iguales adversidades, sacrificaban la única vida, morían como héroes y estaban colmados del mismo odio hacia el enemigo común”.⁹⁷

Pero como en cualquier movimiento social de masas, en el movimiento internacionalista no solo hubo aspectos luminosos, sino también sombríos. En él colindaban, se fusionaban y entrelazaban lo heroico y lo trágico, lo supremo y lo bajo, el internacionalismo y el nacionalismo. Las brigadas internacionales, tal como las crearon los hombres al llegar a España, rebosaban de elevado internacionalismo y romanticismo revolucionario, junto a los cuales podían convivir los bajos intereses y pasiones, la intransigencia ideológica, la crueldad y otras cualidades humanas no mejores. Eso lo intensificaban los métodos de lucha política de aquellos tiempos, en que sus participantes elegían entre el espectro de colores tan solo dos: rojo y blanco, o bien negro y blanco. Dicho de otro modo: las brigadas internacionales fueron un fenómeno histórico complejo y contradictorio y se las debe admitir tal como fueron, no menoscabar el verdadero papel que desempeñaron en la historia de la guerra civil de España, pero tampoco exagerarlo, paratiendo de intereses coyunturales, cualesquiera que sean. ●



NOTAS

- ¹ Véase V.Brome. *The International Brigades. Spain. 1936-1939*, London, 1965, p.14-15.
- ² C.Serrano. *L 'enjeu d'Espagne. PCF et la guerre d'Espagne*, París, 1987, p. 47-48.
- ³ Centro Ruso de Conservación y Estudio de los Documentos de la Historia Contemporánea (en adelante: CRCEDHC), fondo (f.) 495, inventario (inv.) 2, expediente (doc.) 233, folio (h.) 24, 202; doc. 241, h. 48.
- ⁴ Ibid., doc. 233, h. 203.
- ⁵ Vease G.W.Kaufman. *El Partido Comunista de Alemania en la lucha por la unidad de las fuerzas antifascistas (1935-1939)*, Moscú, 1988, p. 99 (en ruso).
- ⁶ *Solidaridad de los pueblos con la República Española*, Moscú, 1973, p. 148 (en ruso).
- ⁷ CRCEDHC, f. 495, inv. 2, doc. 233, h. 230.
- ⁸ Ibid., inv. 18, doc. 1.135, h. 2.
- ⁹ Archivo Central del Partido y del Soviet Supremo del Partido Socialista de Bulgaria, f. 146, inv. 2, No. de resguardo 34, h. 2.
- ¹⁰ Véase A.Castells. *Las brigadas internacionales en la guerra de España.*, Barcelona, 1974, p. 64.
- ¹¹ CRCEDHC, f. 495, inv. 76, doc. 33, h. 18.
- ¹² Ibid., doc. 9, h. 4; doc. 22, h. 2; 3a, h. 106, 107, 110.
- ¹³ Ibid., doc. 32, h. 86-87; Yu.S.Guirenko. *Stalin-Tito*, Moscú, 1991, p. 49 (en ruso).
- ¹⁴ CRCEDHC, f. 495, inv. 76, doc. 34, h. 37-38.
- ¹⁵ A.Castells. Op. cit., p. 160.
- ¹⁶ Luigi Longo. *Las brigadas internacionales en España*, Moscú, 1966, p. 59 (en ruso).
- ¹⁷ Simultáneamente, en Albacete se formaban las primeras diez brigadas del ejército popular, y a las brigadas internacionales se les dieron los números del 11 al 15.
- ¹⁸ CRCEDHC, f. 545, inv. 2, doc. 32, h. 25, 35. Aquí y en adelante solo se mencionan los primeros jefes de las brigadas internacionales.
- ¹⁹ CRCEDHC, f. 545, inv. 3, doc. 548, h. 3.
- ²⁰ Ibid., inv. 2, doc. 32, h. 145.
- ²¹ Ibid., h. 196.
- ²² Ibid., inv. 3, doc. 529, h. 16-17.
- ²³ Ibid., f. 545, inv. 3, doc. 432, h. 104, 141; doc. 564, h. 51; doc. 272, h. 1, 9, 21, 50; doc. 587, h. 6; doc. 628, h. 3.
- ²⁴ Ibid., doc. 90, h. 15.

- ²⁵ Ibid., inv. 2, doc. 32, h. 193.
- ²⁶ Ibid., doc. 33, h. 52-55.
- ²⁷ Ibid., h. 50.
- ²⁸ Ibid., f. 495, inv. 76, doc. 6, h. 30.
- ²⁹ Véase H.Thomas. *La guerra civil española*, t. 1, Barcelona, 1976, p. 488.
- ³⁰ Véase *Nuestros sacrificios no fueron infructuosos, 1933-1945*, t. 1, Moscú, 1988, p. 401-402 (en ruso).
- ³¹ Archivo Militar Estatal de Rusia (en adelante AMER), f. 35.001, inv. 1, doc. 278, h. 215.
- ³² Véase ibid., doc. 342, h. 22.
- ³³ CRCEDHC, f. 545, inv. 2, doc. 47, h. 139-141, 163-164, 220-222, 271.
- ³⁴ Ibid., f.495, inv.76, doc. 30, h. 80-81.
- ³⁵ Ibid., f. 545, inv.2, doc. 317, h. 26; doc. 85, h. 109.
- ³⁶ Ibid., f. 495, inv.2, doc. 245, h. 71.
- ³⁷ Ibid., f. 545, inv. 2, doc.106, h. 200-202.
- ³⁸ Ibid., f. 495, inv. 18, doc. 1.132, h. 44.
- ³⁹ J.Delperrie de Bayac. *Les brigades intemationales*, París, 1968; R. de la Cierva y de Hoces. *Leyenda y tragedia de las Brigadas Internacionales*, Madrid, 1973; P. Widen. *The Passionarien War*, New York, 1983; P. Vilar. *La guerre d'Espagne*, París, 1986.
- ⁴⁰ I.Erenburg. *Hombres, años, vida*, libro 3-4, Moscú, 1963, p. 616 (en ruso); Plissonier G. *La vida en lucha*, Moscú, 1987, p. 31 (en ruso).
- ⁴¹ P.Widen. Op. cit., p. 192.
- ⁴² P.Vilar. Op. cit., p. 120.
- ⁴³ P.Widen, Op. cit., p. 309.
- ⁴⁴ CRCEDHC, f. 495, inv. 76, doc. 4a, h. 205.
- ⁴⁵ Ibid., doc. 32, h. 125.
- ⁴⁶ Véase P.Togliatti. *Escritos sobre la guerra de España.*, Barcelona, 1980, p. 165.
- ⁴⁷ CRCEDHC, f. 495, inv. 18, doc. 1125, h. 64; f. 545, inv. 3, doc. 474, h. 216.
- ⁴⁸ Arkush. *Héroe de tres pueblos*, Moscú, 1964, p. 42 (en ruso).
- ⁴⁹ Véase A.Castells. Op. cit., p. 89.
- ⁵⁰ CRCEDHC, f. 545, inv. 2, doc. 47, h. 86.
- ⁵¹ Véase L.Longo. Op. cit., p. 210-211.
- ⁵² CRCEDHC, f. 495, inv. 76, doc. 33, h. 25.
- ⁵³ Ibid., f. 545, inv. 2, doc. 32, h. 349; doc. 47, h. 216.
- ⁵⁴ Ibid., inv. 3, doc. 64, h. 230; doc. 108, h. 36, rev., 37, 53.
- ⁵⁵ Ibid., doc. 75, h. 37.
- ⁵⁶ CRCEDHC, f. 495, inv. 76, doc. 32, h. 17.
- ⁵⁷ AMER, f. 35.082, inv. 1, doc. 95, h. 35.
- ⁵⁸ *El VII Congreso de la Internacional Comunista y la lucha contra el fascismo y la guerra*, Moscú, 1975, p. 454 (en ruso).

- ⁵⁹ CRCEDHC, f. 495, inv. 2, doc. 257, h. 82; inv. 18, doc. 1.125, h. 63-64.
- ⁶⁰ CRCEDHC, f. 545, inv. 2, doc. 55, h. 261.
- ⁶¹ Ibid., f. 495, inv. 120, doc. 464, h. 49.
- ⁶² AMER, f. 35.082, inv. 1, doc. 454, h. 8-9.
- ⁶³ CRCEDHC, f. 495, inv. 18, doc. 1.225, h. 64.
- ⁶⁴ Véase L.Longo. Op. cit., p. 242-243.
- ⁶⁵ AMER; f. 35.082, inv. 1, doc. 454, h. 5; S.P.Pozhárskaja. *El Partido Socialista Español*, Moscú, 1966, p. 170 (en ruso).
- ⁶⁶ AMER, f. 35.082, inv. 1, doc. 95, h. 25.
- ⁶⁷ CRCEDHC, f. 545, inv. 2, doc. 35, h. 118.
- ⁶⁸ AMER, f. 35.082, inv. 1, doc. 95, h. 26, 27.
- ⁶⁹ CRCEDHC, f. 495, inv. 76, doc. 30, h. 74; doc. 33, h. 25.
- ⁷⁰ Ibid., f. 517, inv. 3, doc. 26. Carta de Walter a Marty del 21 de abril de 1938.
- ⁷¹ F.I.Firsov, I.S.Yazhborowska. "La Comintern y el Partido Comunista de Polonia", *Voprosi istorii KPSS*, No. 12, 1988, p. 53.
- ⁷² CRCEDHC, inv. 3, doc. 475, h. 56.
- ⁷³ Ibid., doc. 373, h. 76.
- ⁷⁴ Ibid., f. 545, inv. 3, doc. 56, h. 69.
- ⁷⁵ Ibid., doc. 529, h.41.
- ⁷⁶ Ibid., f. 495, inv. 76, doc. 46, h. 68-71.
- ⁷⁷ CRCEDHC, f. 545, inv. 3, doc. 286, h. 11. 78 P.Mateo Merino. *Por vuestra y nuestra libertad*, Madrid, 1986, p. 360, 372
- ⁷⁸ AMER, f. 35.082, inv. 1, doc. 454, h. 16.
- ⁷⁹ AMER, f. 35.082, inv. 1, doc. 454, h. 20.
- ⁸⁰ CRCEDHC, f. 495, inv. 18, doc. 1259, h. 4-5.
- ⁸¹ Véase *La crisis del Estado: dictadura, república, guerra*, Barcelona, 1981, p. 478.
- ⁸²
- ⁸³ CRCEDHC, f. 545, inv. 3, doc. 771, h. 8.
- ⁸⁴ C.Eby. *Voluntarios norteamericanos en la guerra civil española*, Barcelona, 1974, p.410.
- ⁸⁵ CRCEDHC, f. 495, inv. 76, doc. 21, h. 19, 25,26, 30, 32, 36.
- ⁸⁶ Ibid., h. 39.
- ⁸⁷ Ibid, doc. 771, h. 8.
- ⁸⁸ Ibid, f. 495, inv. 76, doc. 23, h. 24.
- ⁸⁹ Ibid, f. 545, inv. 3, doc. 308, h. 150.
- ⁹⁰ Ibid, f. 495, inv. 76, doc. 22, h. 3.
- ⁹¹ Ibid, h. 7.
- ⁹² Ibid, h. 38.
- ⁹³ Ibid, doc. 23, h. 49.
- ⁹⁴ Ibid, f. 545, inv. 3, doc. 771, h. 34.

⁹⁵ Ibid, f. 495, inv. 74, doc. 216, h. 49.

⁹⁶ P.Mateo Merino. Op. cit, p. 426.

⁹⁷ AMER, f. 35.082, inv. 1, doc. 95, h. 46.

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2017